

Literatura polémica: prohibido a mayores

por Juan José Lage Fernández*

Durante siglos, los niños se han visto obligados a leer lo que los adultos querían. La situación comenzó a cambiar bien entrado el siglo XIX y, en la actualidad, aunque hay adultos que siguen ejerciendo de censores, son los niños los que imponen su ley a la hora de elegir lectura. En el siguiente artículo, el autor pasa revista a una serie de obras, entre ellas, Tom Sawyer o Alicia en el país de las maravillas, y autores, como Roald Dahl, criticados por los adultos, pero que entusiasman al público infantil.



LOLA ANGLADA, ALICIA EN TERRA DE MERAVELLES, BARCELONA: JUVENTUD, 1987.

Durante los primeros dos siglos de la Literatura Infantil, los horribles gemelos Moraleja y Enseñanza acecharon con arrogancia en casi todos los cuentos.» Esta máxima de John Spink¹ ilustra a la perfección el tipo de Literatura que los niños estuvieron condenados a leer durante mucho tiempo. Es decir, era el adulto quien dictaba su ley, quien pontificaba sobre qué libros interesaban o no a sus vástagos. Y, por lo general, los intereses de los adultos censores nunca se correspondían con los gustos de los pequeños lectores, que miraban de soslayo y con recelo el afán de los mayores cuando trataban de imponerles un determinado libro.

Paul Hazard² refleja la perfidia adulta con estas palabras: «Nuestros hijos saben leer y son ya mayorcitos; he aquí que ya nos piden libros: aprovechemos, pues, su apetencia y su curiosidad. Simulemos edificar los mágicos castillos que los encantan, pero a nuestro modo, pues la auténtica sabiduría es patrimonio nuestro. En sus palacios pondremos aulas, muy bien disimuladas; en sus jardines sembraremos legumbres, que los niños creerán flores... Como son unos ingenuos, apenas lo notarán y creyendo divertirse, desde la mañana hasta la noche, aprenderán, en realidad, cosas útiles».

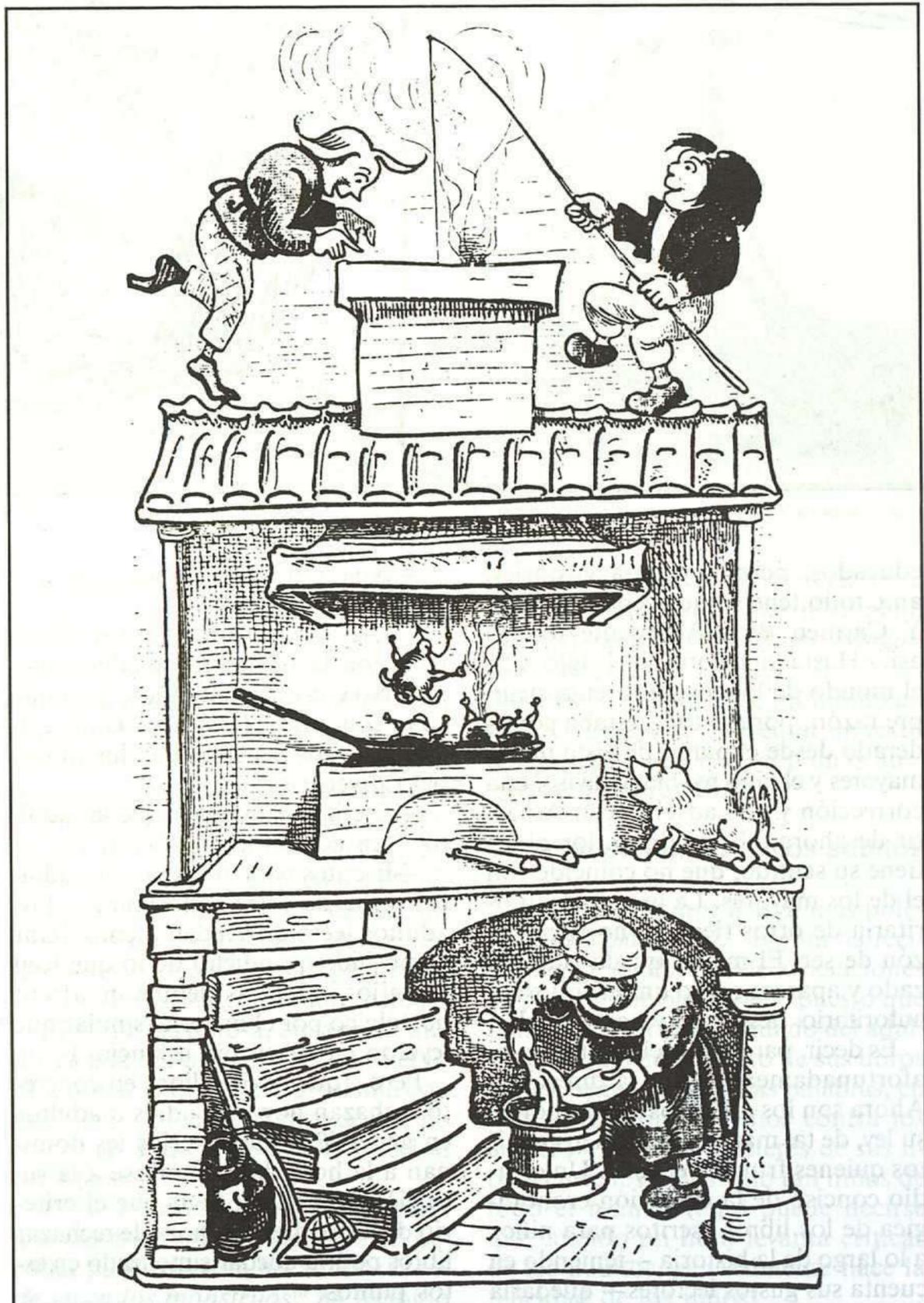
Cuando el pequeño lector disfrutaba de la oportunidad de tener entre sus manos un libro protagonizado por un igual —uno de los primeros libros que tenía como protagonista a un niño fue *El Lazarillo de Tormes*, aunque estaba prohibido a los menores dado que las travesuras del personaje no se consideraban apropiadas—³ solía tratarse de niños buenos y modélicos. Si los protagonistas eran traviosos, existía un truco ideado por la maliciosa mente del adulto: hacerlos desaparecer víctimas de su maldad (caso de los gemelos Max y Moritz), o terminar renegando de sus travesuras (caso de Pinocho). Al respecto, dice Fernando Savater: «Guillermo

fue el único anarquista triunfante que los tiempos han consentido».⁴

Padres censores

¿Cuál es hoy el estado de la cuestión? ¿Qué se permite leer a los niños

actuales? ¿Existen aún las interferencias de los adultos? El ya citado Paul Hazard dice: «Ta vez los niños de antaño aceptarían sin protesta los libros que se ponían en sus manos, por aburridos que fuesen; eran entonces más fáciles de contentar o acaso mejor



WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ, UNA HISTORIA DE CHICOS EN SIETE TRAVESURAS, MADRID: ALFAGUARA, 1982.



J. VINYALS, LES AVENTURES D'EN PINOTXO, BARCELONA: JUVENTUD, 1981.

educados; pero hoy para gustarles, ante todo tenéis que aceptar su ley». Y Carmen Bravo-Villasante teoriza así: «Hasta bien entrado el siglo XIX, el mundo de los mayores tenía siempre razón, porque todo estaba considerado desde el punto de vista de los mayores y el niño recibía un aviso, una corrección y una advertencia. A partir de ahora, el mundo de los niños tiene su sentido, que no coincide con el de los mayores. La literatura autoritaria de otros tiempos no tiene razón de ser. El mayor queda ridiculizado y aparece como un ser injusto y autoritario, despótico y hasta cruel».⁵

Es decir, parece que el viento sopla, afortunadamente, en otra dirección. Ahora son los niños los que imponen su ley, de tal manera que son los adultos quienes fruncen el ceño. Un estudio conciso de la evolución cronológica de los libros escritos para niños a lo largo de la historia —teniendo en cuenta sus gustos lectores— quedaría más o menos así:

—No escritos para niños, pero que les dejaban leer.

—Escritos pensando en los niños, pero con la intención de educarles.

—No escritos para niños, pero que leían con gusto (*Robinson, Gulliver*).

—Escritos pensando en los niños, para divertirles.

—Escritos para niños, que los adultos leen con agrado (*Alicia*).

—Escritos para niños, que los adultos rechazan (dice John Spink: «Los adultos lectores tienden a considerar como indigno mucho de lo que leen sus hijos, mientras sienten un afecto nostálgico por el material similar que leyeron en su propia infancia»).

Pero, ¿qué tipo de libro en concreto rechazan hoy los padres o adultos en general? ¿Qué criterios les dominan a la hora de enfrentarse a la selección? Se puede decir que el criterio de los padres a la hora de rechazar libros podría quedar sintetizado en estos puntos:

—Los que pongan a sus hijos tris-

tes, deprimidos o pesimistas.

—Los que inciten hacia actitudes contra su bienestar físico o moral (consumir droga, violencia, racismo, suicidio).

—Los que pongan en cuestión el orden establecido o la ideología dominante (la escuela, la autoridad, la familia, la religión).

—Lenguaje soez, provocativo, malsonante.

—Los que hagan referencia obsesiva al acto sexual o relaciones con el sexo contrario.

Libros malditos

Uno de los primeros libros que sufrió las críticas furibundas de los adultos, ya en 1883, fue *Max y Moritz*, obra del alemán W. Busch, del que un crítico de la época afirmó: «Las, a primera vista, tan inofensivas y divertidas caricaturas de Max y Moritz son uno de los venenos más peligrosos que hacen a la juventud actual



MAURICE SENDAK, DONDE VIVEN LOS MONSTRUOS, MADRID: ALFAGUARA, 1984.

tan indiscreta, rebelde y frívola, como es la queja general». ⁶ Y eso que el final de las travesuras fue una concesión del autor a las preocupaciones de los padres: los gemelos traviesos terminan convertidos en harina, víctimas de sus travesuras.

Tampoco *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, del norteamericano Mark Twain, se libraron de la crítica contemporánea. G. Patte cuenta ⁷ cómo algunas conciencias puritanas se escandalizaron con las aventuras de estos personajes y no era para menos: campeaban a sus anchas, la escuela les importaba un bledo, fumaban a escondidas y su imaginación no daba margen a las travesuras. El propio autor escribe una carta, en su habitual tono irónico, a un bibliotecario que se queja de la dudosa moral de sus obras, diciéndole que no es peor que la Biblia que le obligaron a leer de pequeño. La citada Patte apostilla: «Hay pocos sectores culturales que padezcan una censura tan grande».

«*Pippa Mediaslargas*, de la galardonada autora sueca Astrid Lindgren, fue desde el primer momento amada apasionadamente por los niños y rechazada con la misma pasión por el mundo adulto.» Son palabras de B. Hürlimann, ⁸ quien cuenta cómo la autora tuvo problemas para encontrar editor, puesto que Pippi —vivía sola, no iba a la escuela— no era el modelo que precisamente convenía a los niños, para añadir: «Llena todas las ansias de los oprimidos corazones infantiles»; «No hace más que liberar fuerzas benignas en el niño lector».

Es la misma autora, en la carta que dirige a la editorial presentando el libro, quien se disculpa a sí misma con este final: «En la esperanza de que no informen a la Oficina de Protección del Menor».⁹

Pero hay otros libros más recientes que también han sido víctimas del peculiar punto de vista del adulto: *Donde viven los monstruos*¹⁰ ha recibido críticas por sus ilustraciones, dado

que rompían con los cánones clásicos, bajo el supuesto de que resultaban traumatizantes, al igual que *Ningún beso para mamá*,¹¹ del que dice Asun Balzola: «Este libro fue prohibido en EE.UU. a pesar de presentar un texto muy inteligente y real, con unas ilustraciones hilarantes».¹²

Desafiar el mundo de los adultos

Sin duda el autor actual más polémico es Roald Dahl. Su obra ha recibido críticas abiertas de asociaciones de padres y de profesores, puesto que ponen patas arriba el mundo del adulto. Precisamente el éxito de sus libros radica, según sus propias palabras, en «conspirar con los niños contra los adultos» y de ahí el interés de sus libros entre los niños y no tan niños de todo el mundo (aquí puede decirse que cuando un libro levanta críticas de los adultos, generalmente hace la felicidad de los niños).

J. Spink¹³ lo expresa con estas pa-

labras: «Los libros de Roald Dahl, debido a su gancho para los lectores jóvenes y, acaso, a su tratamiento iconoclasta del mundo de los adultos, son sospechosos para los críticos».

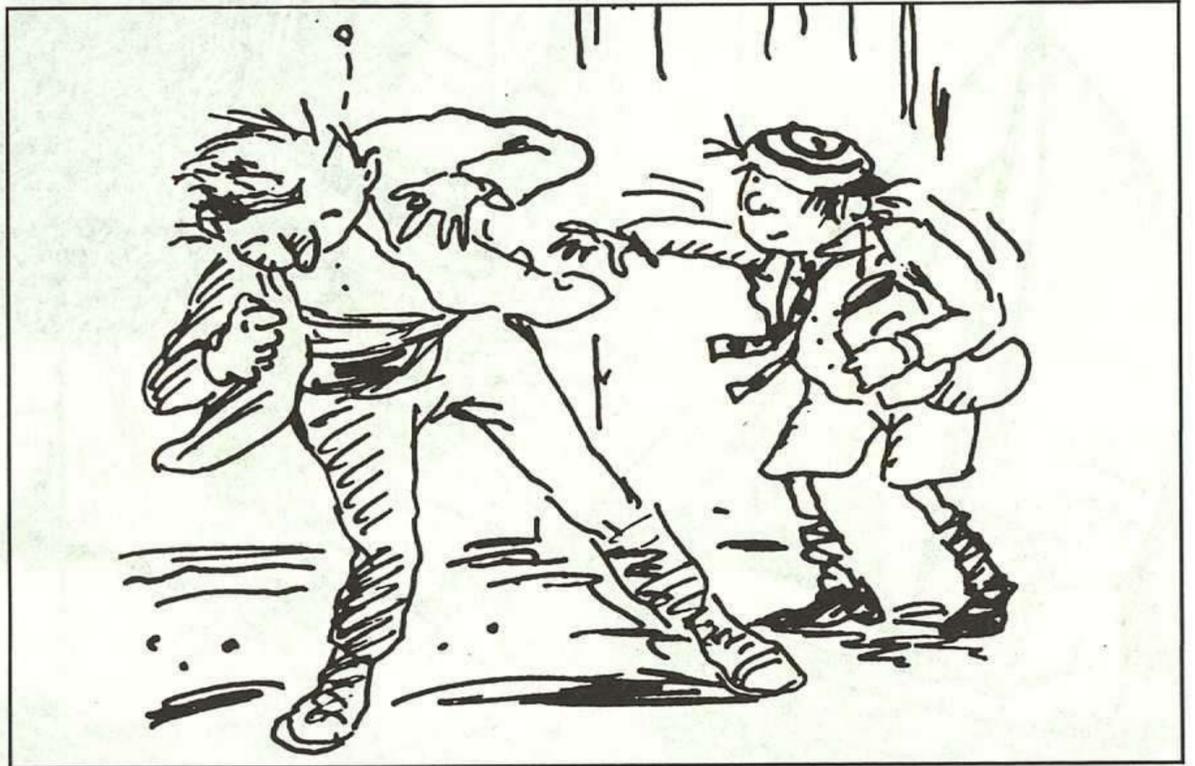
He conocido una profesora —ya abuela— que, tras la lectura de *La maravillosa medicina de Jorge*,¹⁴ afirmaba con severidad que jamás pondría en las manos de un niño tal libro, por los efectos perniciosos que en su mente podría causar la *maldad* de Jorge, deshaciéndose de su abuela con una pócima preparada *ex profeso*.



QUENTIN BLAKE, LA MERAVILLOSA MEDICINA D'EN JORDI, BARCELONA: EMPÚRIES, 1986.

Y muchos otros que despotricaban contra libros tan inocentes, desde mi punto de vista, como *Quiero un gato*¹⁵ —de cuyo final renegaban— o *Hipersuper Jezabel*,¹⁶ libros ambos para los más pequeños.

También muchos de los libros de la autora austriaca C. Nöstlinger resultan, sin duda, polémicos, dado su tra-



TONY ROSS, L'INSUPOORTABLE GUILLEM, BARCELONA: ALIORNA, 1988.

tamiento de lo erótico, tema tabú en la literatura infantil. La propia autora dice: «Con los niños se pueden tratar literariamente todos los problemas, excepto el de la sexualidad. Para referirnos a este aspecto de la vida, sólo tenemos al alcance la terminología médica, por un lado, o la terminología vulgar, de la calle, por otro. Esto constituye una limitación grande a la hora de escribir, y por eso creo que es un tema para tratar cara a cara, pero no por escrito. Sin embargo, el erotismo sí está presente en mis libros».¹⁷

En esta línea, un libro que sorprende es *El problema de los miércoles*, de la norteamericana L. Nathanson,¹⁸ sobre un tema de acoso sexual, tratado de un modo muy realista.

Tras esto, no debemos preocuparnos. John Igo, citado por R.K. Carlson,¹⁹ dice: «Buena parte de la mejor literatura de todas las épocas es, por definición, polémica».

Como debe ser. ■

* Juan José Lage Fernández es profesor de EGB, coordinador de la revista *Platero* y promotor de los cursos de Animación a la Lectura en los Centros de Profesores de Oviedo, Avilés, Lluarca y Llanes.

Notas

1. Spink, J.: *Niños Lectores*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990.
2. Hazard, P.: *Los libros, los niños y los hombres*, Barcelona: Juventud, 1977.
3. Bravo-Villasante, C.: *Historia de la Literatura Infantil española*, Madrid: Doncel, 1972.
4. Savater, F.: *La infancia recuperada*, Madrid: Taurus-Alianza, 1983-1986.
5. Bravo-Villasante, C.; Field, I.; García, M.F. y García Padrino, J.: *Elena Fortún (1886-1952)*, Madrid: Asociación Española de Amigos del IBBY, 1986.
6. Busch, W.: *Max y Moritz*, Madrid: Alfaguara, 1982.
7. Patte, G.: *¡Dejadles leer! (Los niños y las bibliotecas)*, Barcelona: Pirene, 1988.
8. Hürlimann, B.: *Tres siglos de Literatura Infantil europea*, Barcelona: Juventud, 1968.
9. *CLIJ*, 31, Barcelona: Fontalba, septiembre 1991.
10. Sendak, M.: *Donde viven los monstruos*, Madrid: Alfaguara, 1984.
11. Ungerer, T.: *Ningún beso para mamá*, Barcelona: Lumen, 1979.
12. *Alacena*, 15, Madrid: SM.
13. Spink, J.: *Op. cit.*, nota 1.
14. Dahl, R.: *La maravillosa medicina de Jorge*, Madrid: Alfaguara, 1983.
15. Ross, T.: *Quiero un gato*, Barcelona: Destino, 1991.
16. Ross, T.: *Hipersuper Jezabel*, Madrid: SM, 1990.
17. *CLIJ*, 3, Barcelona: Fontalba, 1989.
18. Nathanson, L.: *El problema de los miércoles*, Barcelona: Noguer, 1986.
19. Monson-Day, D.L. y McClenathan, A.K.: *Crear lectores activos*, Madrid: Visor, 1989.